

La Voz de Valdepeñas

SEMANARIO CATÓLICO

DIRECTOR, DON EUSEBIO YASCO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Año IV.

Núm. suelto 5 cénts.
25 núms. 75 cénts.

Valdepeñas 19 de Agosto de 1893

Trimestre 1 peseta
Un año 4 pesetas

Núm. 191.

SERMONES DEL PADRE

PANADERO

EN LA VERACRUZ

Atraídos por modesto anuncio de que tan renombrado padre había de tener una plática á los católicos de esta villa, afiliados en la Venerable Orden Tercera de San Francisco, acudimos, despreciando el inmenso calor que se sentía en la mañana del domingo 13 del presente mes, á la ermita de la Veracruz, donde se halla canónicamente erigida esta congregación.

Desde luego suponíamos que más que una plática, que pudiéramos llamar familiar, lo que habíamos de oír de labios del P. Panadero sería una verdadera conferencia católica que, por sí sola, pudiera dar importancia á otro orador que no tuviera tantos títulos de ilustración y piedad, como los que en sí atesora este esclarecido franciscano.

No nos equivocamos, en verdad, pues desde que le vimos empezar su oración, haciendo un detallado paralelo entre los siglos XIII y XIX y recordarnos aquella herejía que tuviera su origen en la ciudad de Albi, así como la que en nuestros tiempos corroe á la sociedad actual, siendo el verdadero cáncer que nos devora, desde luego comprendimos que aquello tenía muchos más vuelos de los que ordinariamente tienen las pláticas.

Después de hacer una digresión histórica, para recordarnos que de igual modo que en el siglo XIII habían aparecido los *albigenses*, despreciando la autoridad de la Iglesia, y proscribiendo el uso de los Sacramentos, así también brillaron por entonces como astros de primera magnitud un Francisco de Asís, un Domingo de Guzmán, un Tomás de Aquino y un Buenaventura; puso á nuestra consideración, que el único remedio que tenían las sociedades modernas es ceñir el cordón de la Orden Tercera de San Francisco, puesto que él, en apretado haz, ha llevado al cielo más almas que granos de arena pueda haber en las orillas de los mares.

Inmediatamente se ocupó del triple cáncer social que nos consume, á saber, de la inmoralidad, de la falta de respeto á la autoridad, y de la sed implacable de riquezas que se nota en la sociedad contemporánea.

Como médico que, con mirada perspicaz, diagnostica los síntomas más recónditos de una traidora enfermedad, el P. Panadero, conocedor de las

terribles convulsiones que agitan el corazón humano, fué sensibilizándonos estos mortales caracteres, anunciando que, sin su eficaz remedio, el cuerpo social se destruye; una vez falto de la vitalidad, que le presta aquel en sus movimientos de *sístole* y *diástole*, vendrá la muerte y después de la muerte, la corrupción más espantosa.

Este remedio único es la observancia de la Orden Tercera que, al fin, no es más que la práctica constante del Santo Evangelio; observancia que nos encauzará dentro de los límites racionales de la moral cristiana; que impedirá hacernos éco, de la predicación de doctrinas subversivas á las leyes y á los poderes, y, por último, evitará que seamos arrastrados como débiles cañas, y refrenará nuestra ambición desmedida de riquezas, haciéndonos ver que á éstas no podemos ir nunca por caminos que, como los del usurero lleven la desolación y la ruina al seno de la familia y de la sociedad.

Admirablemente descrito, en períodos sublimes, lo que es en sí la «inmoralidad, la desobediencia y lo repugnante de las riquezas mal adquiridas», no pudo menos de quejarse amargamente de los hijos de Valdepeñas, al no inscribir sus nombres en una asociación tan veneranda, dándoles con esto impulso y nuevos bríos, para que cada congregante, convertido en potente arteria, pudiera llevar por todos los ámbitos de esta católica población la savia rejuvenecedora de la caridad evangélica, en oposición á ese jugo anémico y disolvente, que tanto decanta la *masonería*, y que, como embaucadora sirena, atrae hácia sí á los corazones incautos.

¿Qué os detiene, decía, cuando lo más noble y lo más selecto de los corazones españoles no se desdén en ceñirse el humilde cordón de la Orden Tercera? ¿No veis, por ventura, que no solo los Obispos y Sacerdotes, sino aun nuestros mismos príncipes é infantes, llevan el precioso escapulario? ¡Adelante, pues, exclamaba, hijos nobles de Valdepeñas, que en vuestros archivos encontrareis testimonios irrecusables de que los apellidos más nobles y más antiguos de vuestro pueblo, inscritos se hallan en los anales de esta congregación!

Por último, en medio de arranques de verdadero entusiasmo por la gloria del Seráfico Padre, concluyó llamándonos á todos para que nos postrásemos ante su altar, en la completa seguridad que en el corazón encendido

de este santo habíamos de encontrar el antídoto eficaz contra tanta perversión, consiguiendo, con sus cariñosos consejos, que estemos dispuestos para, cuanto antes, echar sobre nuestros hombros el mitagroso escapulario.

EN EL CONVENTO

A las seis de la tarde del mismo día, volvió á dirigirnos la palabra el Rdo. Procurador de los franciscanos.

Cualquiera que, pocas horas antes, le hubiera visto bajar del púlpito de la Veracruz, no creería, de modo alguno, que tan pronto había de reponer sus fuerzas para empezar con más bríos y energía; pero, es lo cierto, que en nada se le notaba la fatiga y el cansancio consiguientes.

Con un cántico dirigido á la Reina de los Cielos, lleno de fé y entusiasmo, adornado con las preciosas galas que puede emplear el que se ha dedicado al cultivo de la poesía, dió principio á su elocuente discurso; que arrancó de todos nuestros pechos afectos cada vez más acendrados hácia nuestra sacrosanta religión.

Manifestó que, de buen grado, seguiría ponderando las excelencias de nuestra Madre cariñosa, la Virgen Santísima, pero que ante la circunstancia de tener que ausentarse de nosotros, y comprendiendo que no estaría demás aperecernos contra los enemigos de nuestra salvación, sentó como proposición de su oración sagrada, lo «pernicioso que es en el pecador dejar la conversión para el último instante.»

Para probar con brillantez esta proposición puso por base que, para la conversión del pecador, es necesario que este reúna tres condiciones indispensables, sin cuyo auxilio no se comprende la justificación, 1.ª la gracia de Dios; 2.ª el tiempo y 3.ª la voluntad eficaz de conseguirla.

No puede decirse cual de las tres condiciones fué desarrollada con más tino por el P. Panadero; pues si en la primera le oímos disertar con la facilidad y naturalidad del hombre que tiene por costumbre y entusiasmo el estudio de la ciencia Teológica, en la segunda y tercera demostró conocer á fondo lo que de sí dá la inseguridad en la existencia, así como lo tenue é insconstante de nuestra voluntad, cuando no vá dirigida por una regla fija, por un constante é invariable principio.

Explicó admirablemente lo que es la *gracia* de Dios, puesta siempre á disposición del hombre, para que de ella se aproveche, así como también pintó con vivos coloridos el desprecio que hace este y la injuria grande que infiere á Dios, cuando, confiado en la su-

prema bondad de Dios, peca una vez y otra con la esperanza de que en todas las ocasiones que le pida misericordia se la ha de conceder. «Proceder luego, para un Dios, que todo es amor, que todo es compasión por sus hijos, pero que, cuando llegue el momento terrible de la muerte, aquel amor y compasión se convertirá en la más rigurosa Justicia!»

Hablando de la segunda condición, no pudo menos de quejarse amargamente de esos desgraciados que dejan un asunto tan interesante para mañana, para el mes próximo; sea acordarse que su vida puede de un momento, de un instante, y que cuando más llenos de ella se encuentran, entonces viene la *parca* y al cortar el hilo de su existencia con ella se lleva el tiempo que falta para el arrepentimiento al desgraciado pecador.

Con un ejemplo precioso, que no copiamos por no dilatar excesivamente esta reseña, puso de manifiesto la estupidez del hombre que no pudiendo hoy, en la plenitud de los años, con un peso de cinco, mañana, cuando estuviera asomándose á las puertas de la ancianidad, pretenderá levantar otro de veinte; circunstancia que concurre en el que difiere su arrepentimiento para el fin de la vida, pues cuanto hoy no puede quitar un pecado de su corazón más difícil le será mañana sustraerse de la influencia de muchos.

Por último; en cuanto á la voluntad, dijo que era necesario resolverse, pero con firmeza, de tal modo que todos los obstáculos que encontráramos á nuestro paso, procuráramos arrollarlos, pues de lo contrario aquella sería inconstante y voluble, circunstancia que la hace insuficiente para conseguir nuestra santificación.

Probada su proposición con la fuerza de los argumentos de la filosofía católica, y adornadas las pruebas con las galas oratorias que prestan al P. Panadero su elocuencia y vasta ilustración, el sermón que nos ocupa fué una verdadera oración sagrada, que agradara tanto al escrupuloso preceptista, como al filósofo más exigente, siendo verdadero remate de su predicación en esta importante villa, donde ha derramado con verdadera unción evangélica la palabra divina.

Una cualidad muy rara y estimable notamos en la oratoria del P. Panadero; en esos momentos de tiernas reflexiones ó de nostálgicas tristezas en que el auditorio conmovido da visibles muestras de identificarse con el orador; cuando muchos predicadores pronuncian frases antecortadas, reflejando